CAPÍTULO III

— La destreza —

10

El atardecer se desvanecía en el territorio de Tibur. La brisa tímida apenas sacudía las aguas calmas del Lago de los Dioses. En el umbral de una noche esplendida, Eros y Elena aguardaban por las primeras estrellas sentados sobre la orilla del lago.

Minutos atrás, habían cabalgado algunos kilómetros desde su encuentro en las cercanías del Bosque Encantado. Elena había tomado las riendas de la yegua, mientras que Eros apenas había podido sujetarse de ella en el recorrido. El agotamiento había hecho que permaneciera callado durante todo el trayecto.

Fue frente al lago cuando, finalmente, Eros rompió el silencio.

—¿Dónde encontraste a Agatha? ¿Qué pasó con ella? —indagó, preocupado por el animal.

Elena frunció el entrecejo, sintiéndose algo molesta con la pregunta. Hubiera esperado que su aparición imprevista fuera causa de mayor sorpresa, más que de la yegua.

—Pensé que preguntarías por mí primero —respondió, impaciente. Odiaba sentirse en segundo plano.

Eros rio, y luego trató de enmendar la situación.

—También quiero saber de ti, no te precipites. Lo que ocurre es que mientras estuve en el bosque tuve un mal presentimiento por Agatha —explicó, y se quedó pensando unos segundos, luego retomó mirándola a los ojos, emocionado—. ¡Temí lo peor!

—No deberías haberte preocupado, siempre estuvo en buenas manos. Todos los caballos de los reclutas fueron llevados al establo real.

—Gracias por haberme recibido, fuiste la única persona que estuvo allí. Al parecer, el resto ya nos había dado por muertos —afirmó con bronca.

—Habían pasado muchas horas desde el inicio de la prueba. Los maestros guerreros pensaron que las chances de que hubiera sobrevivientes era muy remota. Yo me preocupé por ti —añadió con voz débil, estremecida—. Necesitaba saber cómo estabas.

—¿Nadie sabe que estás aquí?

—No, salí a escondidas. Agatha fue de ayuda, cualquier caballo de la realeza hubiera llamado la atención.

Eros se quedó un instante observando a la princesa, conmovido por el gesto. Elena lucía mucho más discreta de lo normal. Vestía un tabardo oscuro y sencillo, algo añejo, que le cubría el cuerpo entero y su cabello estaba desprolijo, lo que resultaba extraño en ella. Era evidente que su intensión había sido pasar inadvertida.

—¿Qué pasó ahí dentro? —preguntó la princesa, interesada.

—Aquello fue un infierno. Tuve que ver morir a varios de mis compañeros, pero lo peor fue enfrentarme a mis miedos.

—¿Cuáles son tus miedos?

Eros dudó un instante antes de responder. Sabía que podía contarle lo que fuera a la princesa, pero todavía sentía la herida muy abierta, por mucho que lo que hubiese pasado no había sido real.

—Creo que mi mayor temor es perder a mis afectos —respondió al fin—. No toleraría más perdidas, ya tuve suficientes en mi vida. El bosque me hizo experimentar la muerte de Agatha, fue una situación horrible, pero por suerte no fue real —afirmó, mientras dirigía la mirada hacía la yegua. El animal se encontraba a escasos metros de los jóvenes, alimentándose de los tiernos pastos que crecían sobre la orilla del lago.

—Sé que después de las pruebas me alejaré de Agatha, seguramente será asignada como auxiliar de entrenamiento a un nuevo recluta. Será difícil aceptarlo, pero prefiero eso a verla morir.

—Puedes estar tranquilo ahora, ya sabes que no sucedió, ella está a salvo —afirmó Elena, mientras lo miraba con ternura.

—Aún hay más —agregó, con cautela—, tuve una dura experiencia con una ilusión que se asemejaba a ti.

—¿También me viste morir? —preguntó la princesa, sorprendida.

—No, pero conocí una parte de ti que desearía que existiera sólo en aquella alucinación —soltó, aportando aún más intriga.

—Adelante, dime qué viste de mí —dijo, ansiosa.

—Tenías tu vida resuelta, una gran boda, e incluso poseías un dragón rojo. Y yo había quedado fuera de todo.

—¡Un dragón rojo! —exclamó, y se echó a reír con ganas.

—¿Por qué te ríes? Fue traumático —se quejó, algo molesto por las risas.

—Sería imposible que tuviera un dragón rojo. Sabes que los dragones rojos… —comenzó a explicar, pero fue interrumpida por Eros.

—Ya sé cómo son los dragones rojos, casi fui devorado por uno de ellos. Antes no sabía de dragones, pero ahora soy un experto —dijo con ironía—. No creo que tus libros digan más de lo que aprendí allí adentro —replicó petulante.

—Está bien, experto en dragones, tendrás que contarme sobre ellos, entonces.

—Tal vez, pero en otra ocasión. Esas criaturas no son como el dragón blanco con el que sueñas —concluyó Eros, con un poco de resentimiento en la voz.

—¿A qué te referías con qué tenía todo resuelto? —retomó Elena, dejando de lado a los dragones.

—Tu vida era perfecta, y parecía que no necesitabas de mí. Eso sí me dio miedo —dijo, e hizo una pausa mientras la miraba a los ojos—. ¿Qué lugar ocupo en tu vida? —indagó sin rodeos. Sabía que la pregunta era difícil, pero no habría un mejor momento para hacerla.

—¿En serio necesitas que lo diga? Ocupas un lugar muy importante en mi vida, de lo contrario no estaría aquí a escondidas de mi padre. Pero, por favor, no lo hagas más difícil —dijo, incómoda, tratando de eludir la respuesta—. ¿Qué te parece si hacemos algo más interesante? —propuso inesperadamente—. Podríamos darnos un baño en el lago.

Eros se sintió avergonzado, sabía que la princesa lo hacía para evadir la pregunta y deseó no haberla formulado. Pero también él quería huir del momento, y la sugerencia de Elena era el escape ideal.

—Está bien, como cuando éramos chicos —consintió, y se levantó con dificultad, aún adolorido por los golpes de la dura jornada.

Elena se desajusto el tabardo y dejó caer la prenda a sus pies. Su cuerpo asomó apenas cubierto por un camisón ajustado de fina seda, y su piel quedó expuesta frente a la mirada de Eros como nunca antes. El joven permaneció unos segundos paralizado por el espectáculo repentino, mientras ella se internaba lentamente en el agua.

Para entonces, la noche ya estaba instalada, y una luna redonda y brillante proyectaba su imagen gemela sobre la superficie serena del Lago de los Dioses. La luz natural era la única fuente que iluminaba la escena, tenue pero suficiente como para vislumbrar entre penumbras la silueta armoniosa de la princesa.

Eros desechó los restos de su armadura maltrecha y se quitó sus prendas más pesadas. Luego siguió los pasos de Elena, y los dos se adentraron en lo profundo. Nadaron libremente por un momento hasta reunirse en un mismo punto, donde permanecieron flotando cerca uno del otro. Ambos disfrutaban de la compañía, sintiéndose por una vez como adolescentes normales divirtiéndose.

El agua estaba helada y, con el correr de los minutos, comenzó a clavarse en los músculos como agujas. La princesa comenzó a sufrir el frío y Eros, notando esto, la ayudó a nadar hasta donde el agua les llegaba a la altura de la cintura. La abrazó estrechando su cuerpo tembloroso contra el suyo, frotó su espalda con las manos, intentando ayudarla a que entrara en calor, y logró poco a poco que dejara de temblar.

Al tocar su piel, lo abordó un sinfín de sensaciones. Sintió que su pecho se abría inevitablemente a un sentimiento puro e inédito, pero, al mismo tiempo, experimentó un estado de vulnerabilidad que lo aterraba. Pensó que su amor por la princesa lo trasladaba al campo de batalla más peligroso que jamás había enfrentado, pero, como buen guerrero, debía ser valiente. Recorrió con la vista todos los caminos hasta interceptar la mirada de la princesa. Alzó la mano para acariciar sus mejillas y, sin dudarlo más, atrapó sus labios con el beso que siempre había reprimido.

Ambos se besaron con pasión, dejando atrás, por un instante, todas las diferencias que los separaban. El encuentro fue fugaz e intenso, un viaje relámpago a través de aquel deseo profundo y prohibido. Se observaron durante unos segundos hasta que volvieron a la realidad. La princesa, confundida y nerviosa, trató de decir algo, pero Eros ahogó sus palabras apoyando el dedo índice en su boca. Con ese gesto elocuente, le transmitió calma, indicándole que entendía que aquello no debía significar más que un impulso, una bocanada de libertad.

11

El sol del mediodía atravesaba el cristal de los ventanales de la Torre del Homenaje. En la antesala del salón principal, la luz brillante se proyectaba sobre el piso de madera pulida y hacía resplandecer aún más el ambiente. La delicada decoración del cuarto era acorde al gusto del rey Gregor. Las paredes estaban cubiertas por un fino tapiz con esbeltas pinturas de arte surrealista, representando dragones, dioses y seres mitológicos. Entre las obras más destacadas, sobresalía la figura del propio rey montado a un dragón blanco a punto de alcanzar el Umbral de los Dioses.

Hacia uno de los laterales se extendía una hilera de sillones de madera tallada con almohadones de terciopelo en color púrpura. Dos de los asientos estaban ocupados por Eros y Sigurd, quienes mantenían un diálogo discreto, a la espera del ingreso al salón. Ambos habían sido invitados a un banquete por pedido exclusivo del rey.

—Entiendo tu enojo, pero tienes que comprender que hay protocolos que cumplir. El límite de la prueba se había agotado, y las esperanzas de que hubiera sobrevivientes eran nulas —se excusó Sigurd, justificando su ausencia en el puesto montado al ingreso del Bosque Encantado.

—Estuve a punto de perder la vida ahí adentro, al menos podrían haber esperado un poco más —retrucó Eros, ofendido. No existían palabras que pudieran conformarlo.

—Tal vez deberíamos tener esta charla en otro momento. Estamos a punto de asistir a una reunión importante, no lo arruines. Debemos mostrarnos como una unidad —respondió, alzando demasiado la voz. De inmediato, advirtió el descuido y se reprimió. Eros tan sólo permaneció en silencio.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y se hizo presente Einar, uno de los consejeros más cercanos al rey.

—Señores, el rey Gregor aguarda por su presencia —anunció, e hizo una reverencia indicando que podían acceder a la habitación.

Eros avanzó tímidamente, nervioso por la trascendencia del evento, jamás había estado tan cerca de su majestad. A medida que se adentraba en el salón, se sentía abrumado con cada detalle que apreciaba del lugar. En la sala abundaba el lujo y la elegancia y, en el centro, una larga mesa exhibía un gran festín que jamás hubiera imaginado. Había comidas exquisitas y abundantes, y platos que ni siquiera sabía que existían.

Einar les indicó dónde debían ubicarse y la mesa quedó completa. Además de ellos y el consejero, también se encontraban sentados Harald y Klaus, este último siendo la autoridad máxima de la guardia real. En uno de los extremos, aguardaba el rey para comenzar con el agasajo.

—¡Bienvenidos a mi mesa! —anunció con la voz en alto y festiva—. Decidí recibirlos con este banquete para homenajear la valentía y el coraje de este joven guerrero, y la dedicación y sabiduría de su maestro, quien ha sabido guiarlo en su camino. Quiero que se sientan a gusto, mi castillo es su casa.

—Muchas gracias, su majestad —respondió Sigurd formalmente.

Eros asintió con un gesto y Sigurd lo miró de manera reprobatoria. Consideraba que la expresión había sido, cuanto menos, pobre para responder el saludo de un rey.

Gregor hizo una seña, dando permiso para que todos comenzaran a servirse la comida.

—Joven guerrero, ¿cuál es tu nombre? —preguntó Gregor con cierta displicencia. Conocía la respuesta, pero prefería marcar la distancia.

—Mi nombre es Eros, su majestad —dijo, y de reojo cómo Sigurd emitía un gesto de aprobación, más conforme con los modales del joven.

—¡Eros! Que nombre tan interesante —comentó el rey, con un deje de sarcasmo en la voz. Permaneció un instante en silencio, pensativo, y luego retomó—. Eros, creo que su significado es amor y fertilidad. Espero que no enamores a todas las mujeres del reino, al menos, no a la princesa —comentó, y comenzó a reír a carcajadas. Todos en la mesa hicieron eco de sus risas, salvo Eros, quien sonrió incómodamente.

—Sólo bromeaba, es un buen nombre, lástima que no pertenezca al ámbito local. Es extranjero, ¿verdad? —preguntó Gregor, incisivo. Eros se sentía cada vez más incómodo con la situación.

—Sí, así es, mi familia migró a estas tierras en busca de prosperidad. Mi nombre proviene del extranjero, pero yo nací en este reino, y estoy dispuesto a morir peleando para defenderlo —respondió con determinación.

—¡Muy bien! Eso me enorgullece, muchacho. Por lo que me han contado, tienes un gran futuro en la guardia real, tengo entendido que fuiste el único recluta en aprobar la primera prueba del reto final.

—Sí, fui el único recluta en aprobar la primera prueba, y también el único en sobrevivirla —respondió, y se propagó un silencio incómodo en la sala. Sigurd le golpeó la pantorrilla con la punta de la bota y Eros tuvo que disimular el dolor sin emitir sonido, sabía que su maestro estaba a punto de perder la paciencia.

El rey no quiso continuar y le hizo un gesto a Klaus, cediéndole la palabra. El militar lo comprendió inmediatamente y comenzó a hablar.

—Eros, estamos muy orgullosos por tu rendimiento, fue muy valiente lo que hiciste en el bosque. Ahora cuéntanos, ¿cómo fue esa experiencia? —indagó Klaus, expectante, ansioso por obtener información.

—No fue fácil, pero creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que aprendí mucho de la experiencia —respondió y comenzó a describir los hechos que debió superar en el Bosque Encantado.

El joven aún sufría estrés por lo acontecido, y aprovechó la oportunidad para descargar parte de la tensión contenida. A medida que el relato avanzaba, pudo comenzar a sentir cierto alivio. Por su parte, Klaus prestaba atención a cada palabra, los hechos narrados le aportaban información muy valiosa.

Tras varios minutos de exposición, Eros hizo una pausa y el militar aprovechó para volver a tomar la palabra.

—Muchas gracias, muchacho, nos has ofrecido datos que tendremos muy en cuenta para nuestras futuras misiones. ¿Hay algo más que quisieras agregar?

—Sí. En ese lugar no cuenta poseer la espada más filosa, lo que te salvará es la fortaleza mental y la entereza para afrontar tus miedos más profundos. Sólo quien tenga claro su destino podrá sobrevivir —concluyó solemnemente.

El viejo Harald se mostró conmovido por la historia del joven, y le dedicó algunas palabras.

—¡Te felicito por haber superado la prueba! Y aún más por el aprendizaje que adquiriste. Para tu corta edad, te has convertido en un hombre muy sabio. Que los dioses te acompañen en tu camino —finalizó el anciano, y el silencio se instaló en la gran sala por algunos segundos.

El ambiente estaba sumergido en la emotividad, algo que hizo que el rey se sintiera molesto. Odiaba profundamente el sentimentalismo, por lo que prefirió cambiar de clima.

—¡Muy bien! Me gustaría hacerle un regalo a nuestro futuro guerrero —anunció con voz alegre. Observó a todos, uno por uno, y dejó trascurrir unos segundos—. En primer lugar, te daremos una condecoración por tu valentía —anunció, dirigiéndose al joven, y le hizo un gesto a Einar para que procediera con el protocolo. El súbdito sacó una pequeña medalla de metal del bolsillo y la colocó alrededor del cuello de Eros sin mucha ceremonia. La condecoración no tenía valor económico, pero representaba un gran simbolismo para Eros ya que se trataba de su primer reconocimiento al servicio de la guardia real. La medalla tenía grabado su nombre y la leyenda *Con honor y valentía*.

La entrega de condecoraciones era una vieja costumbre del rey, quien adoraba obsequiarlas, repartía más medallas que saludos. Más allá de eso, para el joven era todo un acontecimiento.

Gregor se levantó de su silla y se acercó a Eros, posó las manos en el hombro del joven y continuó hablando.

—Además de esta medalla, te concederé un deseo. Pide lo que quieras, pero ten en cuenta que soy un rey, no un mago —acotó con una risa y guiñando el ojo, y nuevamente el resto de los comensales lo acompañaron.

Luego se arrimó al oído del joven, y susurró por lo bajo.

—Ni se te ocurra pedirme la mano de la princesa —susurró, en tono de broma, pero con sabor a amenaza.

—Ya sé que pedir, lo tengo decidido —respondió Eros, sorprendiendo a los presentes.

—Adelante muchacho, ¿qué es lo que deseas? —preguntó el rey, intrigado.

—Quisiera que, en honor a los reclutas caídos, se dé por aprobada la primera prueba a la unidad completa. Y que todos estemos en igualdad de condiciones para rendir la siguiente instancia —dijo, provocando una oleada de asombro a su alrededor.

—Bueno, eso sí que salió barato. ¡Deseo concedido! —concluyó, y se sentó nuevamente en su lugar para continuar disfrutando del banquete. Sigurd y Klaus se miraron, dejando entrever que la decisión del rey había sido tan determinante como poco conveniente para ellos.

12

Gregor era un rey soberbio y arrogante, pero, a pesar de sus modos, era un hombre de palabra. Le prometió a Eros que cumpliría con su deseo, y fue exactamente lo que hizo. En honor a los jóvenes caídos, concedió a los reclutas relegados la posibilidad de continuar con el reto final y participar de la siguiente prueba.

Los días transcurrieron y finalmente llegó la tan esperada jornada: la segunda prueba estaba en marcha. Una gran expectativa giraba en torno al evento, ya que el mismo rey había ordenado promocionarlo como un espectáculo público.

El presupuesto destinado al esparcimiento era cada vez más escaso. La recaudación de impuestos arrojaba cifras preocupantes. En medio de la crisis, la jornada de pruebas se convertiría en una excelente oportunidad para brindar un entretenimiento popular a muy bajo costo.

Ante ese contexto, la destreza de los reclutas quedaría bajo la crítica, no sólo de los maestros guerreros, sino también de una multitud que esperaría con ansias un espectáculo sin precedentes.

Minutos antes de que los futuros guerreros salieran al campo, Sigurd se encontraba una vez más frente a ellos explicando las reglas y la modalidad de la evaluación.

—¡Reclutas! —gritó Sigurd, y haciendo que los jóvenes se alinearon en formación— Hoy tendrán la inesperada oportunidad de rendir la segunda prueba —hizo una pausa, en la que miró la cara de los presentes con una expresión indescifrable—. Dije inesperada, porque esta participación se debe exclusivamente a la valentía de este joven, que no sólo logró superar la primera prueba, sino que, además, tuvo la intrépida idea de solicitarle al rey que les concediera el pase a esta instancia —explicó, mirando a Eros con cierto rencor, dejando en claro que no estaba de acuerdo con esto.

»Hoy deberán superar una nueva prueba, donde evaluaremos la destreza de cada uno de ustedes en el campo de batalla. Consiste en una justa con un prisionero de guerra. Contarán con armas y su caballo, y el enfrentamiento finalizará ante la sumisión o muerte de alguno de los contrincantes. Si logran reducir a su oponente, deberán tomar una decisión, podrán ser piadosos y perdonarle la vida o ejecutarlo, ya que no habrá pena por ello, pues se trata de un duelo a muerte. Pero tengan en cuenta lo siguiente: su rival no dudará en matarlos si tiene la posibilidad, y el público presente no olvidará lo que hagan ahí adentro —advirtió con dureza.

—Señor, si el oponente se rinde, ¿no sería digno de un caballero perdonarle la vida? —preguntó uno de los reclutas, contrariado.

—El honor de un caballero está en defender a su reino —rebatió el guerrero—. El oponente es un enemigo y la muerte es parte de la batalla. Yo prefiero morir combatiendo antes de caer prisionero. Usted será leal sólo a su bandera y deberá hacer lo necesario para defenderla, morir si hace falta. La lealtad es sacrifico —respondió con solemnidad.

»Esto es todo, reclutas. Espero que puedan demostrar lo aprendido —concluyó, indicando con estas palabras que debían comenzar a prepararse.

Estaban reunidos en un almacén de granos, situado a unos pocos metros del campo de entrenamiento, desde donde se podía escuchar a la muchedumbre alborozada aguardando por el espectáculo. Por lo que habían visto en su camino hasta el lugar, el gentío rodeaba una explanada de varios metros de diámetro, y estaban ubicados detrás de unas vallas que delimitaban el espacio en el que se llevaría a cabo las pruebas. El marco era descomunal, la concurrencia había superado las expectativas. Sobre uno de los laterales se extendían una serie de gradas para recibir a la nobleza, y en el centro de la estructura permanecía sentado el rey Gregor y las personas más allegadas a él. Para garantizar el orden del evento y la seguridad, la guardia real había realizado un gran despliegue de soldados.

Al llegar el momento crucial, Sigurd eligió al azar a uno de reclutas para ser el primer evaluado, quien asintió y se dirigió hacia el campo de batalla. Avanzó cabalgando lentamente y con la lanza firme al frente.

Dentro del almacén, Eros observaba cómo se alejaba el joven rumbo al sector de enfrentamiento. La posición ofrecía una vista parcial del escenario, donde poco se aprecia del desarrollo, pero era suficiente para reconocer un contexto extraordinario. Los aprendices no estaban al tanto de la organización, ni mucho menos se lo hubieran podido imaginar. La prueba les proporcionaba una oportunidad única para lucirse, aunque la exposición era un arma de doble filo. Cualquier luchador podía pasar a la posteridad a partir de una gran hazaña o como una total decepción.

De pronto, estalló el clamor del público, y la mente de Eros se retrotrajo a los años de las grandes celebraciones, cuando el pueblo aún se vestía de euforia para recibir cada aniversario del Reinado del Sur. No pudo evitar el recuerdo de su padre, donde juntos, en el establo, trabajaban duro para proveer a la caballería de los mejores especímenes, utilizados luego en los desfiles. Las fiestas habían sido causa de disfrute y algarabía para todos, pero dada la crisis creciente habían sido excluidas del presupuesto del reino.

Una nueva oleada de gritos acaparó el ambiente, insinuando que alguno de los luchadores habría tomado la iniciativa. Sin saber lo que ocurría en el campo, los reclutas sólo podían implorar a los dioses por un desenlace favorable para su compañero. A Eros se le crispaba el estómago de los nervios, y la espera le resultaba más difícil que la propia prueba.

En ese momento, Sigurd se acercó al cuerpo de reclutas y los observó, indeciso, antes de seleccionar al próximo luchador. Inmediatamente, Eros le hizo una seña y captó la atención del maestro. Su rostro delataba su impaciencia y las ganas de ser el siguiente. Sigurd asintió, le indicó que diera un paso al frente y luego le susurró algunas palabras al oído.

—Nadie más que tú merece esta oportunidad. Demuestra todo lo que tienes y que los dioses te acompañen en la batalla —expresó, con aquella frase tan típica de la guardia real utilizada en los enfrentamientos reales.

Eros montó a Agatha y se tomó unos segundos para calmarse antes de avanzar. Miró al cielo y pensó en cuanto había soñado con esta oportunidad, luego se repitió a sí mismo como un mantra: «Soy un guerrero, soy un guerrero».

Sin más preámbulo, enfiló hacía el campo de batalla. Agatha llevaba un paso lento y decoroso, la marcha del animal se desarrollaba con elegancia y armonía, como si comprendiera que su dueño quería ingresar luciendo el porte de un verdadero caballero.

Mediando el recorrido, pudo contemplar el panorama completo, la masa de personas era exorbitante. El clamor del público, que hasta ese momento había sido ininterrumpido y ensordecedor, de pronto se ahogó en un murmullo generalizado. La reacción unánime era llamativa, resultaba evidente que algo inesperado había sucedido. Tratando de no demostrar intranquilidad, Eros se mantuvo firme hasta llegar al ingreso del recinto. Una senda angosta de tierra y arena daba paso hacia el interior de la zona de enfrentamientos. El público a ambos lados, en su mayoría campesinos, se aglomeraban para brindarle aliento.

Tras su aparición, el público recuperó el entusiasmo previo, y el griterío volvió a bullir, el apoyo a los futuros guerreros era unánime e intimidante. Hacia un extremo del campo, dos guardias se llevaban a rastras a un luchador que daba gritos de júbilo, proclamándose el vencedor. Cerca de ellos, había el cuerpo de un hombre joven que yacía inmóvil en el suelo y un charco de sangre debajo de él que se expandía lentamente en la tierra. Un súbito escalofría recorrió el cuerpo de Eros, quien entendió que su compañero había tenido la peor de las suertes en la prueba.

Un hombre obeso y elegantemente vestido cruzó hasta el medio del campo y, asumiendo el rol de presentador, anunció el próximo enfrentamiento con gran entusiasmo, convirtiendo todo aquello en un espectáculo donde poco quedaba ya de la prueba de los reclutas.

—A continuación, les presentaré un gran combate —anunció el hombre, alzando la voz a un nivel atronador, su garganta resonaba con la misma fuerza que la de un león—. En este lado tenemos a un futuro guerrero de la guardia real, el recluta más prometedor, y el único valiente que se atrevió a desafiar los peligros del Bosque Encantado. ¡Nuestro luchador Eros! —exclamó, haciendo que el gentío aplaudiera y gritara con más fervor todavía.

En ese instante, por el otro extremo del predio, ingresó un guerrero con una armadura de color oxido montando un corcel negro, la imagen recreaba un caballero de la oscuridad, un personaje mitológico que, según las leyendas antiguas, enfrentaba el orden de los dioses. La muchedumbre abucheó aquella figura, y el conductor continuó complacido con su presentación.

—En este otro lado, se encuentra uno de los prisioneros más odiados, un colaborador del demonio que tiene sangre de nuestro pueblo en sus manos. Se trata del comandante del Norte, ¡Kol! —exclamó con dramatismo y, sin más preámbulo, se retiró del campo.

Eros se sorprendió al oír el nombre de su contrincante. Había escuchado historias, en boca de juglares, que narraban lo temido y peligroso que era ese enemigo, y lo celebrada que había sido su captura. Había sido una gran hazaña que enalteció a la guardia real. Y ahora, ese personaje siniestro se encontraba frente a él, en nada menos que un duelo a muerte. De un momento a otro, su preocupación se disparó, lo golpeó la gravedad de que no estaba en juego sólo el pase a la siguiente prueba, sino su propia vida.

El sonido de una trompeta retumbó en el aire, como un sonido de guerra anunciando la inminente batalla. El público exclamó excitado y luego permaneció enmudecido, expectante. El comandante Kol tomó posición y ajustó su casco. Todo estaba listo, y la segunda prueba de Eros estaba a punto de comenzar.

El joven le dio unas palmadas a Agatha mientras susurraba «Somos un equipo», tomó su lanza con fuerzas, miró fijo a su oponente y, con un grito salvaje que nació desde sus entrañas, hizo que la yegua se lanzara como un rayo hacia el centro del campo.

Ambos contrincantes avanzaron a toda marcha. Cuando estaban a punto de conectar, el guerrero del norte evitó la embestida y arrojó su lanza contra el cuerpo de Agatha. La yegua pudo esquivar el filo de la punta, pero el cuerpo de la lanza se enredó entre sus patas. El animal cayó estrepitosamente contra el piso, y Eros salió despedido hacia delante y rodó varios metros. El joven estaba enfurecido por el sucio accionar de su contrincante. Pero entendió que ya no se trataba de un entrenamiento, esto era una pelea real.

Al reincorporarse, advirtió que el comandante había desmontado de su corcel y estaba a pocos metros de distancia. En sus manos empuñaba de manera desafiante una espada gruesa y brillante.

—¡Novato, pelearemos como hombres! Quiero ver si tienes las mismas agallas sin tu caballo —dijo, provocador.

Eros era un buen luchador, pero montado a Agatha se sentía imbatible. Su punto fuerte siempre habían sido las embestidas a la carrera, pero, tras haberse caído del animal, se encontraba fuera de su escenario más conveniente.

—Si es lo que tú quieres, te daré una buena paliza, gallina norteña —respondió, desenfundo su espada y se lanzó al ataque como una tromba.

Avanzó con furia, al llegar a la zona de choque, practicó una estocada oblicua hacía arriba, quería perforarle el cráneo de un solo movimiento. El veterano guerrero dio medio giro eludiendo el ataque y contratacó con un paso de arco hacia la derecha, la espada impactó en la espalda del joven, la armadura se aboyó, pero no fue perforada, pero el golpe hizo que Eros terminara en el piso. Sintió un fuerte dolor en las costillas que lo dejó aturdido unos segundos.

—¿Eso es lo mejor que tienes? Con soldados como tú será fácil invadir este reino —las burlas del comandante eran tan filosas como su espada.

Eros no quería entrar en ese juego, por lo que prefirió tranquilizarse un poco. Su primera reacción había sido muy impulsiva, y por no cuidar la guardia terminó en el piso, aunque pudo haber sido peor. Sabía que tenía que ser más precavido. Mientras tanto, la muchedumbre se mantenía en silencio observando cómo Eros parecía llevar la peor parte.

Se levantó y se acercó otra vez a su oponente. Volvieron a cruzar espadas, pero, esta vez, trató de ser más cauteloso. Con la guardia alta, protegía su defensa mientras estudiaba al rival. Por unos minutos, ambos arriesgaron poco. Los intentos eran inofensivos, y morían en bloqueos y movimientos de escape.

—El destino está escrito, muchacho. Ustedes nacieron para servirnos, para limpiar nuestra suciedad —lo siguió provocando Kol, con una sonrisa de arlequín.

—¡Si eso es cierto, entonces yo haré mi parte y limpiaré tu sucia sangre con mi espada! —respondió Eros, y le borró la sonrisa del rostro. El comandante se sorprendió, esperaba una reacción más impulsiva. Eros notó en el veterano cierta vacilación, y aprovechó esa oportunidad para atacar con más fiereza.

Amagó a realizar un ataque frontal, pero en el último segundo lo cambió por un barrido horizontal con paso agachado. Kol eludió el movimiento con dificultad y trastabilló algunos pasos hacia atrás. El joven intuyó que era el momento de dar un golpe certero, por lo que dio un paso hacia delante con estocada al revés impactando la espada del comandante. El arma voló un par de metros, dejando desarmado e indefenso al norteño. El público estalló en un grito de euforia, y comenzó a ejercer presión sobre el desenlace. Como un coro del infierno, la muchedumbre repetía: «¡Ejecución! ¡Ejecución!».

Eros, dominado por el orgullo, se abalanzó de inmediato sobre su contrincante, sin dejarle escapatoria. Con una estocada directa, hundió el metal por debajo de la hombrera, y un chorro de sangre se derramó por la armadura. La herida era profunda y le dejó el brazo debilitado. Kol cayó sentado y rendido sobre el piso, se sacó el casco y miró a los ojos a su inminente ejecutor, suplicando por piedad.

—Con soldados como yo, eliminaremos toda la escoria del norte, te lo aseguro —dijo Eros, con ira en la mirada.

El gentío incremento aún más sus gritos y arengaba por la ejecución. Eros sentía la presión del entorno. Acumulaba motivos suficientes para odiar al sujeto que tenía frente a él, sin embargo, era la primera vez que se encontraba en una situación semejante, jamás le había quitado la vida a una persona, y menos a sangre fría.

—Dame una razón por la cual no debería ejecutarte aquí mismo —increpó el joven, apuntando la espada sobre la garganta del sujeto.

—Tengo información que deberías saber —lanzó, inesperadamente. Eros lo observó curioso, y le hizo un gesto para que procediera.

—El reino del oeste será invadido por el norte —anunció, agitado y nervioso.

—Eso no es novedad, siempre existió esa amenaza —retrucó, y clavó unos milímetros la espada en la carne.

—Sí, pero esta vez es un hecho, yo sé cuándo se llevará a cabo, intenté hacer un trato con el rey, pero no hubo acuerdo. Si me matas, ya nadie lo sabrá —respondió, jugando su última carta.

Eros se sorprendió con la respuesta. Pensó que no podía dejar pasar esa información y, además, no quería convertirse en un asesino, menos de un hombre que ya estaba rendido.

—¡Acepto! —dijo, y retiró la espada del cuello del comandante. El público abucheó la acción—. Ahora habla —exigió.

—El ataque será ejecutado en el próximo aniversario del reino del oeste, serán sorprendidos durante la celebración —respondió, y Eros lo miró con escepticismo. El comandante insistió más incisivo—. Soy un prisionero, no tengo dónde escapar, no tendría sentido mentirte. ¡Te lo juro! —exclamó, desesperado.

—Y yo te juro que, si no es verdad, te mataré en tu propia celda —amenazó Eros.

Y, enfundando su espada, dio media vuelta y se retiró.

13

La prueba de la destreza había quedado atrás y, con ella, aquel evento que se había cobrado la vida de varios reclutas, quienes no habían podido superar el duelo a muerte. Los sobrevivientes habían quedado a un paso de superar el reto final y, tras pocos días, el momento más trascendental de sus vidas llegaba al fin.

Los aprendices estaban a punto de convertirse oficialmente en guerreros de la guardia real. Tan sólo restaba superar el último tramo: la tercera prueba, la cual evaluaría la lealtad de cada guerrero hacia su reino.

Con la primera luz de la mañana, y frente al Lago de los Dioses, veinte reclutas se encontraban en formación, a punto de jurar su lealtad a la guardia real, un juramento que demandaría una entrega absoluta a la defensa del Reinado del Sur. Sigurd dirigía el acto, ante la presencia de una comisión de ancianos sabios y la máxima autoridad de la guardia real, el capitán Klaus.

Una vez más, el Lago de los Dioses sería testigo de este acto honorable y centenario, en donde un grupo de hombres, por voluntad propia, dedicarían sus vidas al servicio del reino. Aquel lugar sagrado albergaba un valor espiritual inigualable para la civilización del sur, ya que en sus aguas descansaba esparcida la sangre de valientes guerreros caídos en la batalla, y en sus orillas decenas de rituales y ceremonias habían sido realizados en honor a los dioses y las almas ancestrales.

Sobre un altar construido con piedra caliza, reposaba el manifiesto de la guardia real, una reliquia conservada desde épocas antiguas. El documento describía los mandamientos que un hombre debía cumplir para aspirar a ser un guerrero real y pertenecer a la elite de caballeros. Antes de iniciar la jura, Sigurd dedicó algunas palabras a los futuros guerreros.

—Con este juramento quedará sellado un compromiso con la guardia real. Luego de esto nada será como antes, ustedes renunciarán a sus propios intereses para unirse a un bien mayor. Respetarán y aceptarán las órdenes de sus superiores, sin cuestionamientos ni insubordinaciones.

»Tras la jura deberán superar la tercera prueba, una demostración de lealtad. Ya no será una mera evaluación, sino una orden a acatar, y con el cumplimiento se convertirán oficialmente en guerreros de la guardia real. Si alguno no está convencido de avanzar, esta será la última oportunidad para arrepentirse. Tengan presente que, de aceptar, cualquier incumplimiento en el que incurran será considerado un delito y deberán pagarlo en prisión —concluyó, e increpó a cada uno de los jóvenes con una mirada profunda.

Era la última vez que se dirigiría a ellos como reclutas. Tras la jura, dejarían de ser sus discípulos y serían considerados servidores de la guardia real, un estado previo a la tercera prueba y a convertirse en guerreros reales.

»Deseo que todos den este paso con orgullo, juren su lealtad y que los dioses sean testigos de este honorable acto —dijo Sigurd, solemnemente, siendo estas sus últimas palabras a cargo de la unidad de aprendices.

Como era de esperar, ninguno de los jóvenes se movió de su sitio. Uno a uno, cada recluta rindió juramento, con la mano izquierda sobre el manifiesto de la guardia real y la derecha en el pecho, sobre el corazón. Al finalizar la ceremonia, Klaus tomó la iniciativa. Desde ese momento, los flamantes servidores ya le debían obediencia. El mismo se encargó de dar las directivas para llevar a cabo la tercera prueba, y la primera orden.

—Servidores, deberán realizar un acto de lealtad —comenzó a explicar Klaus, mientras caminaba de una punta hacia la otra de la fila de los nuevos servidores, mientras seguía hablando—. Realizaremos una ceremonia de iniciación, y ustedes ejecutaran un sacrificio para honrar a los dioses para así obtener su protección en la batalla. Las aguas del Lago de los Dioses se bañarán en sangre y en sus manos quedará el honor, la fortaleza y el dolor de la pérdida como un estigma imborrable, para que los acompañe en cada batalla como recuerdo del dolor que podría sufrir el reino si se dejan vencer. Deberán cumplir con esta orden, tendrán que demostrar la lealtad de un guerrero, y ser resistentes. Tal como lo afirma el manifiesto de la guardia real, el corazón de un guerrero debe ser fuerte como el hierro —dijo, dejó de caminar y miró en dirección a la formación, pero con la vista perdida en el horizonte.

»Esta noche, frente al Lago de los Dioses, tendrán que liberar el alma de su auxiliar de entrenamiento. Estos animales ya tienen una edad avanzada, y no serán de utilidad a futuro. Además, su mantenimiento es un gasto innecesario en estos tiempos de crisis. Este sacrificio será una muestra de lealtad y obediencia a su superior, y una ofrenda a los dioses. Será duro, pero deberán saber que, desde este momento, nada será sencillo en sus vidas. Recuerden que el valor de un guerrero se mide en la adversidad. Los espero esta noche en la ceremonia —concluyó, y dio la orden para que rompieran la formación.

Eros, aún impactado, reflexionó sobre las palabras del capitán y el eventual sacrificio del animal. Consideraba que la prueba de lealtad era demasiado perversa, jamás podría hacer una cosa así con Agatha, aún a pesar de que estuviera su carrera militar en juego. Sintió la necesidad de oponerse, y plantear su opinión, pero, de inmediato, tomó conciencia que ya era miembro de la guardia real, y su obediencia debía ser absoluta. Un cuestionamiento a la autoridad sólo le traería problemas.

Estaba conmocionado. Sabía que no estaba dispuesto a realizar tal sacrificio, pero tampoco quería perder la oportunidad de cumplir su sueño, jamás había estado tan cerca de convertirse en un guerrero real y a la vez tan lejos.

14

Habían pasado varias horas de la jura de los reclutas, y Eros deambulaba en una de las ferias del pueblo. La muchedumbre se aglutinaba en pasillos angostos que formaban los puestos y el bullicio era constante. Los comerciantes persuadían al público para que compraran sus mercancías y ponían en práctica todo tipo de artimañas para atraer a los clientes, como si fueran encantadores fascinando a serpientes. Era un ambiente hostil, producto de la escasez de alimentos y la crisis económica de la región. Los puestos se mostraban abarrotados de objetos inútiles, en su mayoría, artículos personales que intentaban canjear por algunas monedas que les salvaran la jornada.

Eros compró algunos cereales y vegetales disecados, víveres que le recordaban a su infancia. Cuando era pequeño, recorría grandes distancias junto a su padre en busca de oportunidades y aquel tipo provisiones eran ideales para enfrentar esos largos viajes. Mientras caminaba, trataba de ordenar la mente, pero sus pensamientos parecían estar perdidos en un laberinto. Sentía satisfacción por estar a un paso de unirse a la guardia real, pero, a su vez, la prueba de lealtad anunciada por Klaus esa misma mañana le provocaba una gran contradicción. Trataba de encontrar el modo de continuar con su carrera y evitar el sacrificio de Agatha al mismo tiempo, pero parecía una encrucijada difícil de resolver, en medio de la confusión, el impulso de huir surgía en el horizonte, aún como una idea remota e incipiente.

Le urgía sentir algo de serenidad, e inmediatamente pensó en Elena, su amiga fiel y confidente, pero, como de costumbre, iba a resultar una travesía encontrarse con ella. Necesitaba su consejo, así que se propuso dirigirse al castillo, a pesar de que su ingreso estaría restringido. Decidido, ideó una estrategia temeraria, aunque prometedora, para alcanzar su objetivo. Lo mejor sería vulnerar el acceso durante el cambio de guardia, simulando un reemplazo. Todavía poseía en su poder parte del uniforme, la cota de malla y el peto, desde la tarde en que se había apostado en la Torre del Homenaje. Sin pensarlo dos veces, enfiló hacia el castillo.

Llevaba la armadura calzada y, aunque estaba incompleta, a simple vista parecía un guardia en servicio. Su apariencia fue suficiente para permitirle atravesar el acceso principal del castillo, pero, al llegar a la Torre del Homenaje, debió poner en juego algo más de astucia para continuar con el plan.

Un soldado se encontraba apostado en la puerta. Eros esperó para aproximarse hasta que faltaran apenas minutos para el cambio de guardia, afortunadamente conocía el manejo interno. Se acercó al guardia e hizo un saludo formal, sintiéndose un poco inhibido por la reacción del sujeto. El guardia lo miró de arriba a abajo, con gesto de desaprobación. Aparentemente, había advertido que su uniforme no era el adecuado.

—Me designaron para relevar tu puesto. Pertenezco a la nueva promoción de soldados, acabó de jurar lealtad a la guardia real —anunció, intentando que su voz sonara firme.

—¿Quién te envió para relevarme? ¿Es tu primer servicio? No voy a cederle el puesto a un novato —respondió, con una actitud intimidante.

—No soy un novato y tampoco es mi primer servicio. Ya estuve apostado en la Torre del Homenaje, y también me enviaron a explorar el Bosque Encantado. ¿Sabes cuantos han superado esa misión? —retrucó, intentaba ganar algo de respeto.

—Oí algo de eso, ¿tú eres el recluta que sobrevivió a la primera prueba? —indagó, sorprendido, su gesto recio había cambiado a uno de curiosidad genuina.

—¡El mismo! —respondió con orgullo. Aquella odisea en el bosque resultaba algo más que una gran hazaña, se convertía en su carta de presentación.

—¿Es verdad que te enfrentaste al dragón rojo? —preguntó, interesado, las buenas historias se escurrían con rapidez en el pueblo. Eros no era un hombre popular en el sur, pero su aventura ya era parte de un mito.

—No te preocupes por los dragones rojos, hay peligros que son mucho más aterradores ahí adentro——. Tal vez te pueda contar más en la taberna algún día, pero ahora tengo una responsabilidad que cumplir —dijo, e hizo un gesto para que le cediera el puesto.

El guardia asintió y le entregó la alabarda que sostenía. Mientras se retiraba, observó a Eros por última vez. Se extrañó al ver sus pies calzados con unos zapatos de cuero ordinarios, sin protección, en lugar de las botas reforzadas con hierro, típicas de un soldado. Eros advirtió la sorpresa del guardia e intentó minimizar el descuido.

—Con todo esto de la jura me distraje y olvidé mis botas —se excusó con una sonrisa avergonzada, y el guardia le devolvió el gesto.

—¡Novatos! —exclamó, y se retiró meneando la cabeza.

La puesta en escena había dado resultado, Eros se adueñó de los últimos minutos del servicio de ese hombre. Al cabo de un rato, se presentó el verdadero reemplazo y el joven le cedió el puesto sin levantar sospechas, ingresando al fin a la Torre del Homenaje. Tal vez, iba a tener que rendir cuentas por ese acto en un futuro, pero decidió que se preocuparía por ello cuando llegara esa instancia.

Avanzó discretamente por los escalones que llevaban al salón principal. El joven ya había estado en ese recinto cuando había sido invitado, junto a Sigurd, al banquete del rey. Recordó las insinuaciones del rey, disfrazadas de bromas inocentes, en relación a su hija. Aquello había sonado a una seria advertencia, y se le erizó la piel de sólo pensar que pudiera descubrirlo merodeando los pasillos en busca de Elena en ese momento. Vaciló un instante, pero se incorporó rápidamente para no demorarse.

Ascendió por las escaleras hacia el siguiente piso, y se encontró con los aposentos reales. Jamás había estado en ese sector, la adrenalina le brotaba por los poros. Debía tener mayor cautela, de ser advertido por un guardia, no tendría excusas para justificar su presencia en el lugar.

Se internó varios pasos a través del pasillo central, tratando de hallar algún indicio que lo condujera a la princesa. En el lugar sobresalía el lujo y el esplendor en la decoración. Contra la pared se encontraba amurado un sofisticado soporte de lanzas y espadas, el acero de las armas resplandecía con la luz solar. Al lado de la estructura, sobre una tarima de hierro reforzada, posaba la armadura completa de un guerrero de la guardia real. Eros pensó que aquella figura podría prescindir de su yelmo por un momento. En una maniobra rápida y audaz, tomó el casco y se lo colocó sigilosamente. El hierro tuvo un calce perfecto, y su aspecto general quedó mucho más acorde al de un guardia, y, lo más importante, su identidad permaneció más reservada. Más relajado, continuó adentrándose por el corredor.

La puerta de una de las habitaciones se abrió repentinamente, y dos mujeres la atravesaron. Ambas vestían con elegancia y avanzaban dándole la espalda a Eros unos metros por delante de él, sin advertir su presencia. Dialogaron por lo bajo durante algunos segundos, hasta que una de ellas se adelantó, perdiéndose en el final del pasillo. La otra mujer llevaba un paso más lento, lo cual preocupó a Eros ya que no podía superarla sin que ella advirtiera su presencia. Antes de alcanzar el final de la galería, la dama detuvo su marcha inesperadamente y se volteó, con el semblante pensativo y la cabeza gacha. Volvió sobre sus pasos algunos metros y, al aproximarse a Eros, alzó la mirada ante su presencia. Entre los surcos de la visera del yelmo, el joven pudo identificar a la mujer, se trataba de Elena. La princesa lucía un bello vestido de seda color rojizo, entallado a la cintura, con largas mangas y un escote pronunciado. Llevaba su cabello cobrizo recogido entre trenzas con una delicada diadema con pequeños brillantes. La joven se veía increíblemente hermosa y resplandecía como una fina joya en el salón.

Eros conocía otro lado de Elena, a la muchacha sencilla y desenfadada que le regalaba, a escondidas, atardeceres a orillas del lago, con el cabello desatado e informal. Esa mujer autentica y espontánea, amante de los caballos y la naturaleza, parecía ocultarse tras esa figura inmaculada y esplendida, pero envuelta en un frío protocolar.

Por un instante, se mantuvo preso de la imagen cautivante de la princesa, al escapar de su estupor, se dirigió a ella. Deslizó la visera de hierro por encima del yelmo, y exhibió parte del rosto. La princesa lo observó confundida.

—¡Eros! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, sorprendida, una vez logró descifrar la identidad del hombre que tenía frente a ella.

—Necesito hablar contigo, es importante —respondió, con seriedad.

—No podemos estar acá, ven conmigo —dijo Elena, y le indicó que la acompañara.

Atravesaron una nueva galería hasta llegar a una puerta de madera muy decorada. La princesa tomó una llave de su bolsillo e ingresaron a una habitación repleta de estanterías con libros de todo tipo. Eros jamás había visto algo semejante, aquello se trataba sin dudas de la biblioteca de los ancianos sabios, la misma que le había mencionado Elena tiempo atrás. Por un momento, se sintió tentado de preguntarle cómo había ganado acceso, pero entendió que no era el momento.

Allí, entre la privacidad de esas paredes, pudieron retomar el diálogo sintiéndose más seguros.

—Ahora sí, ¿me puedes decir por qué estás aquí? —A pesar de la curiosidad, no podía ocultar el nerviosismo que le provocaba la incómoda situación.

—Sé que es arriesgado, pero tengo un gran problema y no sé qué hacer, ¿puedo contar contigo? —preguntó, con urgencia en la voz.

Elena notó su preocupación y cambió su actitud, mostrándose más compasiva. También la reconfortó que acudiera a ella, se sintió valorada.

—Por supuesto, dime qué sucede —le pidió.

—Esta noche se llevará a cabo la tercera prueba, es una demostración de lealtad y para eso tendremos que realizar un sacrificio —anunció, e hizo un pequeño silencio—. ¡Nos pidieron que sacrifiquemos a nuestros caballos! Agatha es mucho más que un auxiliar de entrenamiento, ¡yo no puedo hacer esto! —exclamó, las palabras le salían entrecortadas.

—Lo lamento mucho, sé lo difícil que es para ti — expresó, conmovida.

—De haberlo sabido, jamás me hubiera incorporado al grupo de reclutas. Ahora es demasiado tarde, si no cumplo con mi deber seré castigado y tal vez terminé en una prisión. ¿Tú no sabías de esto? —cuestionó, confundido. Suponía que la princesa debía estar informada al respecto.

—Son comunes los sacrificios en las ceremonias de iniciación, pero jamás hubiera imaginado que les pedirían que sacrifiquen a sus propios auxiliares de entrenamiento —explicó, afligida—. No sabía nada de esto —añadió.

—No puedo rendir la tercera prueba bajo esas estas condiciones, pero tampoco quiero terminar en prisión —anunció, pensando en voz alta.

—Eros, no tienes alternativa, ¿qué harás entonces? ¿Huir? —dijo, consternada.

Pero el joven le sostuvo la mirada y dejó entrever que aquella idea, tan absurda para ella, tenía cabida en su mente.

—¿Qué estás pensando? ¡Sería una locura! —increpó la princesa, sin aceptar que lo tuviera en consideración.

—Sé que es una locura, pero tal vez no haya otra opción. Podría viajar hacia el oeste, allí sería bien recibido.

—¡El oeste! ¿y cruzar el Bosque Encantado otra vez? No sabes lo que dices —lo regañó, perdiendo cada vez más la paciencia.

—Lo hice una vez, y puedo hacerlo nuevamente —insistió, su exceso de confianza comenzaba a fastidiar a la princesa.

—Apenas conoces el principio del bosque, y casi fuiste devorado por un dragón. Eso no es nada en comparación con lo que tendrías que recorrer para llegar al oeste —le recriminó, dejándolo sin palabras.

Elena trató de buscar, desesperada, algo que pudiera ayudarlo. Fue ahí que una extraña solución se le cruzó por la mente.

—Se me ocurre algo… —dijo, dubitativa—. En el establo real hay un caballo que está muy enfermo, padece el mal del dragón y sé que lo van a sacrificar pronto. Su cuadro es irreversible. Tal vez, podríamos reemplazarlo por Agatha, su apariencia es similar y podrías simular que es tu auxiliar de entrenamiento. ¡Podríamos salvar a Agatha! Y tú cumplirías con el sacrificio con un animal que, de todos modos, ya está sentenciado —dijo, esperanzada.

Eros se quedó pensativo. La idea podía llegar a funcionar, pero no terminaba de convencerlo.

—Es arriesgado —dijo al fin—, y creo que se darían cuenta. La prueba consiste en demostrar lealtad. Ellos pretenden que demostremos nuestra lealtad con sacrificio para superarla, se asegurarán de que sea el verdadero auxiliar de entrenamientos.

—Deberíamos intentarlo de todos modos, aunque con los recaudos necesarios. Tú podrías presentarte con Agatha, para evitar sospechas, y yo aguardaría escondida por el intercambio. Luego, yo me iría con Agatha y tú procederías con el otro caballo. No puede fallar, no se darían cuenta —anunció, con los ojos llenos de confianza.

Eros se ilusionó con la propuesta, mientras contemplaba su rostro radiante.

—¡Haremos eso mismo, entonces! Gracias, me has dado esperanza —respondió, sin poder ocultar su alegría.

En ese instante, escucharon el ruido de otras personas ingresando a la biblioteca, y Eros y Elena enmudecieron, sobresaltados.

La princesa reaccionó rápidamente y lo tomó de un brazo. Ambos se escondieron en un espacio angosto formado entre dos estanterías, donde se estrecharon para poder entrar. Sus cuerpos se enredaron y permanecieron juntos e inmóviles. A pesar del riesgo y la tensión, la proximidad era intrépida y sugestiva.

Oyeron las voces de varios hombres entablando una conversación. No tuvieron más opción que aguardar en silencio, rogando para que se fueran pronto.

—El comandante Kol tenía información valiosa para decirnos, pero el rey se dejó llevar por su temperamento y ahora es demasiado tarde —anunció, preocupado, uno de los hombres.

—El maldito se ahorcó, ahora jamás sabremos lo que tenía guardado —respondió otra voz, destilando molestia.

Dijeron algunas frases más en voz baja, pero ya no fueron perceptibles desde la posición de los jóvenes. De todos modos, había sido suficiente, Eros sabía de qué estaban hablando. Se sorprendió al enterarse de que el comandante del norte se había quitado la vida. Estaba claro que aquella revelación que había hecho en el combate que tuvieron, había sido algo más que una mera especulación para que le perdonara la vida. Anunciaban hechos que acontecerían realmente y ahora él sería el único poseedor de la información obtenida en el final de esa pelea. Repentinamente, sentía una gran responsabilidad sobre sus hombros. Deseaba transmitir cuanto antes lo que sabía a las autoridades de la guardia real, pero, en vísperas de la ceremonia de iniciación y la ejecución de un plan tan arriesgado como el que estaban tramando, era conveniente que pasara inadvertido.

Los hombres continuaron hablando por algunos minutos más y luego se marcharon tal como habían entrado. Eros y Elena se miraron al mismo tiempo con alivio y, por un instante, permanecieron atados a esa mirada, la misma que los había atraído a orillas del lago. Eros recordó ese encuentro, el momento en que se habían besado, y no pudo evitar el deseo de repetirlo. Se quitó el casco dejando su rostro al descubierto, se inclinó hacia ella e intentó besarla como aquella vez. Elena dio un paso hacia atrás y tropezó con una de las estanterías, varios libros se desacomodaron y otros cayeron al piso con gran estrépito. El sonido fue lo suficientemente fuerte como para amenazar a dejarlos expuestos nuevamente.

—Seguro vendrán a inspeccionar, tenemos que irnos rápido —lo apuró preocupada. La situación la superaba de diferentes maneras. Por un lado, la aparición de nuevas personas era una amenaza inminente, pero lo era aún más la intensión de Eros por besarla—. Por favor, retírate ahora, no puedes permanecer aquí, hablaremos más tarde —concluyó, nerviosa.

Eros la observó afligido y, en silencio, enfiló hacia la puerta.

—¡Eros! —llamó la princesa, antes de que se fuera de la habitación.

—Princesa —respondió el joven, con formalidad.

—Resolveremos lo de Agatha, te veré en la ceremonia —prometió, molesta por la actitud del joven—. No resignes la oportunidad de unirte a la guardia real, es por lo que has peleado toda tu vida.

—Tienes razón, debo enfocarme en eso. Gracias por tu ayuda —respondió, y se colocó el yelmo. Sin decir nada más, abrió la puerta y abandonó la biblioteca.

Finalmente, se retiró del castillo con el mismo sigilo con el que había ingresado, pero con sensaciones diferentes.